

HORIZONTE ROJO



Nº1

EXTRACTO

ROCÍO VEGA

EditorialCaféconLeche

HORIZONTE ROJO
(N.º 1)

UN ENCARGO FÁCIL

Rocío Vega

Este libro es el resultado de mucho trabajo y cariño por parte de la editorial y de su autor. No lo piratees, cómpralo y valóralo para que podamos hacer otros aún mejores.



café espresso

*Esta historia no hubiera sido posible sin tres personas:
Sara Pérez, que me regaló el maravilloso personaje de Kerr,
y J. Michael Straczynski y Casey Hudson, que han definido
para mí lo que es la space opera.*



El alienígena no dejaba de frotarse las manos con impaciencia en un gesto demasiado humano para que fuese una coincidencia evolutiva. Aquel patético anfibio de cabeza alargada y piel resbaladiza debía de haberlo aprendido a base de analizar y observar la expresión de la especie humana, robando así un patrimonio que no le pertenecía. Kerr no era muy dada a las introspecciones de ese tipo, pero llevaba tanto tiempo esperando a que llegasen los otros aliens que el odio se le acumulaba hasta llegar a cotas intelectuales.

Suspiró hondo. Necesitaba un trago.

—Kirsten, ¿recibes alguna señal? —preguntó a través de la radio.

—Negativo, jefa —respondió la piloto.

—Maldita sea.

La proyección de su *holo* indicaba que llevaban allí tres horas esperando a que llegaran los arrianos. De haber sido cualquier otro cliente, Kerr le habría concedido algo más de tiempo antes de perder los nervios, pero no soportaba los tics continuos del goriano, su lengua siseante cortando el aire cada dos minutos. Se había embarcado en una misión estúpida que podía hacerle perder otros clientes que pagasen mejor y más rápido... ¿y para qué? Había gastado combustible, víveres y equipo por valor de varios miles de créditos para llegar hasta aquella roca abandonada en un sistema de nombre numérico

más allá del Espacio Confederado y le costaba creer que fuese a recuperarlos. La rabia era un nudo debajo de las orejas, allá donde apretaba tanto las mandíbulas que empezaba a dolerle la cabeza.

Enfundó la escopeta antes de encaminarse hacia Szzik y pulsó el botón que retraía el frontal de su casco. El goriano, con la facilidad de los de su especie para detectar el peligro, apretó la cápsula donde guardaba la tarjeta de datos contra su pecho. De entre sus escasos labios brotó la lengua, que vibró durante medio segundo antes de desaparecer de vuelta a la boca. Ahora sí que la había cabreado.

—¡Tú, pedazo de rana deforme! —Kerr trató de sujetarle por el hombro, pero él interpuso la cápsula blindada en el momento adecuado y falló—. ¿Dónde cojones están los arrianos?

—Tienen que estar en camino, Kerr-Rea —aseguró con un siseo—. ¡Es un planeta lejano!

—Ya sé que es un planeta lejano. —Intentó agarrarle por la izquierda, en vano. El hijo de puta era más escurridizo que una anguila—. Traerte aquí me ha costado una pasta y no me gusta que jueguen conmigo. Te lo advierto: si no han aparecido en una hora, te vuelo la cabeza... —El juego de piernas de Szzik, por muy goriano que fuera, resultaba pobre en comparación con el suyo. Adivinó cuál sería su siguiente quiebro y se adelantó tras una finta; su mano enguantada se cerró sobre el antebrazo del goriano como una tenaza—. Y me quedo con la tarjeta para vendérsela al primero que quiera comprármela. ¿Me has oído?

La lengua de Szzik vibró a escasos centímetros de la cara de Kerr.

—Ahí vienen —anunció Kirsten—. Acaban de entrar en la atmósfera.

La mercenaria soltó al goriano no sin cierta violencia.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Volvió a pulsar el botón y el frontal de su casco se cerró de manera automática con un silbido de presurización. La atmósfera del planeta era muy parecida a la de la Tierra, aunque los niveles de oxígeno fueran equivalentes a los de una zona de gran altitud. Si nadie se había preocupado de recolonizarlo después de la pérdida de la última colonia forlon era por lo improductivo de su suelo y su lejanía respecto a la Sígel, la sede del Gobierno confederado.

No obstante, era una parada frecuente para proscritos, traficantes y gente de mala catadura. Los módulos y domos abandonados servían de refugio y punto de encuentro para criminales de toda la galaxia. Era probable que en ese mismo almacén lleno de polvo y óxido se hubieran vendido infinidad de cápsulas blindadas como esa. Las patrullas de la Confederación solían esperar a que los materiales ilegales entrasen en su espacio para requisarlos, un problema que no incumbía ni a Kerr ni al grupo mercenario que lideraba, Horizonte Rojo. Ellos proporcionaban protección sin preguntar qué había en las cápsulas. Si había algún problema, los abogados de su padre se ocuparían. Pero nunca había ningún problema.

—Nutty, ¿sigues en posición? —preguntó mientras volvía a la suya.

—Afirmativo —contestó el francotirador desde algún escondite en el piso superior.

La radio retransmitió los gruñidos de Bahuer, que saltaba en el sitio como una especie de simio, preparándose. Kerr torció el gesto. Rurik permanecía quieto junto a Szzik, concentrado y sin demostraciones de nada. Había estado en tantas operaciones como todos los demás juntos, y seguramente esta le parecía una tontería. Kirsten seguía en la nave, controlando los sistemas de inteligencia, las torretas y los drones de combate desde el hangar trasero. Su padre la había contratado sin que pudiera dar su opinión al respecto, y Kerr se había reído de su cometido hasta que uno de esos cabrones voladores le había salvado el culo en mitad de un tiroteo. Desde entonces cerraba la boca al respecto, aunque no la considerara una mercenaria de verdad.

—Muy bien, escuchad. Lo que os he dicho antes se mantiene: no hagáis nada que ponga en peligro el intercambio. Dedos fuera del gatillo, todo el mundo atento y si...

La radio chisporroteó con la interrupción de Kirsten.

—Jefa, tenemos problemas. Se acerca un equipo de la Torr'Arrian.

Kerr pateó el contenedor metálico que había elegido como cobertura.

—¡Me cago en la puta! —¿Por qué no podían tener un trabajo fácil y tranquilo, por una vez?—. ¿Hostiles?

Debía de ser la pregunta más estúpida que hacía en años. Los Torr'Arrian siempre eran hostiles. Szzik había tenido razón al decir que el arriano al que había robado pagaría mucho dinero por recuperar lo que había en la tarjeta. Claro que había olvidado considerar que quizá prefiriese pagar a una de las compañías

mercenarias más letales de la Confederación para arrancarle el material de sus viscosas manos.

—Diría que sí —confirmó Kirsten, que lo observaba todo a través de un dron de vigilancia que rondaba el perímetro del almacén—. Son seis. No, siete. Armaduras de combate completas, rifles de asalto y escopetas. Treinta segundos para que entren en el almacén. ¡Mierda! Me acaban de freír al dron. Lo siento, Kerr.

—A tomar por culo —rio Bahuer—. ¡Vamos a darles caña!

—¡Cállate, Bahuer! —ladró Kerr—. ¡Todo el mundo a cubierto y preparados!

La adrenalina eliminó cualquier fatiga acumulada en sus músculos. Con el hombro pegado al cajón que acababa de patear, contó los segundos que faltaban. Notaba los latidos de su corazón golpeando en la base de la lengua y el sudor resbalando por su piel. El entrenamiento y las horas de combate tomaron posesión de su cuerpo y su mente, dejando atrás el miedo y trayendo consigo una especie de euforia. Nunca sabía tan bien quién era o lo que hacía como cuando tenía un objetivo al que pegarle tiros. Nada como dejar que el cerebro de reptil se hiciera cargo. Por eso bebía tanto.

—Hostiles —informó Rurik.

—¡Matad a esos cabrones!

Los arrianos entraron disparando primero y preguntando después, justo como lo habría hecho Kerr.

Todo fue muy rápido; casi siempre lo era. El primero cayó al suelo cuando un disparo de Nutty le reventó el casco y la cabeza. El resto encontró cobertura mientras Bahuer disparaba

desde detrás de un contenedor. Las balas repiqueteaban por doquier haciendo vibrar los escudos deflectores, arrancando chispas del metal y polvo del cemento. Kerr dejó de percibir la realidad como solía. Había dos cuestiones vitales: su cobertura y su escopeta. Dejaba una, recurría a la otra y viceversa. Esperaba, asegurándose de que no intentasen flanquearla, y volvía a empezar. El procesador interno de las armas permitía la instalación de asistentes de puntería, aceleración optimizada y otras funcionalidades para que el tirador alcanzara una suerte de estado zen. Como si buscara el tiro perfecto, Kerr se limitaba a disparar una y otra vez, bala tras bala, hasta dejar de sentir el dedo del gatillo o el sudor que le recorría la espalda.

Regresó de golpe a su propio cuerpo cuando Bahuer salió de detrás de una columna y cargó contra los dos arrianos que se parapetaban varios metros por delante. Le oyó gritar a través de la radio, riéndose como un idiota, mientras abría fuego sobre ellos.

—¿Qué coño haces, Bahuer? ¡Cúbrete!

Él no la escuchó. Trozos de yeso, ladrillo y plástico saltaron en todas direcciones; el escudo que cubría a Bahuer explotó en una burbuja de relámpagos violetas y un arriano rodó por el suelo con tres tiros en el pecho.

Kerr salió de su cobertura y disparó contra el arriano que apuntaba a Bahuer tras un contenedor. Tal y como pretendía, el alienígena agachó la cabeza, pero el humano no aprovechó para volver a su posición.

—¡Atrás, Bahuer! ¡Es una orden! Si no te disparan ellos, te mataré yo. ¿Me has oído?

Percibió movimiento por el rabillo del ojo y se volvió con rapidez, justo a tiempo de evitar un tiro de escopeta en plena cabeza. El vello de todo su cuerpo se erizó cuando los perdigones evaporaron su escudo con un destello morado; por su hombro se extendió un foganazo de dolor y soltó el guardamanos de su arma. El arriano reculó un instante antes de apuntar de nuevo a su cabeza y en su rostro quitinoso apareció algo interpretable como una sonrisa.

Entonces resonó un trueno y el arriano cayó redondo con un nuevo destello morado. Kerr parpadeó, sin saber muy bien lo que había pasado, hasta que la mira láser de Nutty barrió sobre el cadáver en busca de otro objetivo.

—Queda uno —anunció Rurik por la radio.

Kerr hundió el talón de la bota en el casco del arriano muerto.

—Que te jodan —siseó.

Hubo otra ráfaga y Rurik confirmó que habían terminado.

El hombro de Kerr palpitaba de dolor. El disparo había traspasado los escudos y desgarrado las protecciones de kevlar, plástico y metal. La armadura le había costado un ojo de la cara, pero de no llevarla dudaba que hubiera conservado tanta carne en su sitio. Había trozos de metal incrustados en el músculo, con jirones de piel levantados aquí y allá, pero podía hacer el juego de la articulación sin problema. Con un poco de *RegeAsep™* podría olvidarse de la herida.

Rurik pasó por encima del cadáver del arriano y la miró con la frente arrugada desde sus casi dos metros de altura.

—Kerr, ¿estás bien?

—Yo sí. —Gruñó apoyándose en la pared para izarse y recuperar la verticalidad. Se había dado un golpe en la espalda que la armadura no había conseguido amortiguar y ahora lo notaba en todo su esplendor—. ¿Dónde está el goriano?

El alienígena aterrizó sobre el charco de sangre del arriano muerto, allá donde Bahuer acababa de arrojarlo.

—Estaba intentando escapar —informó con una sonrisa tan desencajada que Kerr no tuvo dudas de que estaba puesto de algo—. Creo.

Szzik gateó mientras se aferraba a su cápsula blindada, horrorizado al descubrir de dónde procedía la humedad parduzca en la que había caído. Su mirada de terror al descubrir a Kerr sobre él solo aumentó su patetismo.

—¡N-no me mates!

El hombro le produjo un latigazo de dolor cuando se agachó para agarrarle del cuello. A pesar del cansancio y la herida, no le costó nada estamparle contra el contenedor. Su piel resbaladiza dejó una huella en la superficie metálica.

—Porfavorporfavorporfavor...

Abrió el frontal del casco con la mano libre y contuvo un gruñido. Tenía que dejar de usar ese brazo hasta que Rurik le echase un vistazo en la nave. El goriano apestaba. Había visto en algún documental que, cuando se asustaban, los de su especie segregaban un líquido viscoso con la esperanza de hacer creer a sus depredadores de hacía un millón de años que estaban muertos y putrefactos.

Esos putos aliens.

—Me has obligado a venir al culo de la galaxia para... ¿para qué? ¿Para que me agujereen el brazo y acabe con menos dinero del que tenía al aceptar tu contrato? —Apretó más la mano. El guante de su traje tenía un refuerzo que, sin aumentar el potencial muscular real, hacía que los puñetazos pareciesen martillazos y la capacidad de agarre se multiplicara varias veces. Se preguntó si podría romperle el cuello haciendo eso. Sabía que con los humanos no funcionaba, pero los gorianos eran más blanditos—. Debería pegarte un tiro y llevarme la tarjeta para venderla yo misma. O, mejor pensado, arrojarla al espacio. Si el dueño contrata a los Torr'Arrian para recuperarla, creo que no la quiero.

Hablaba sola. Szzik hacía un rato que había perdido la capacidad de contestar; su piel se tornaba morada por momentos y sus deditos trataban en vano de soltar su mano del cuello.

—Kerr.

Rurik le tocó el antebrazo con suavidad. Aflojó la presa. Szzik se deslizó con un sonido que recordó a Kerr al de una ventosa al despegarse; de haber estado menos cabreada, se habría sonreído.

—Puedo venderla... —murmuró Szzik desde el suelo—. No esperaba esto, pero si me ayudáis, aún puedo...

La radio crepitó en el oído de Kerr.

—He detectado la señal de una baliza. Alguno de los muertos está enviando una señal de socorro, así que no me

extrañaría que otro equipo aterrizara en el planeta en las próximas horas.

—Pégale un tiro, Kerr —dijo Bahuer con los brazos cruzados sobre la placa pectoral magullada por las balas—. Nos ha traído aquí para nada y los arrianos van a perseguirnos hasta que nos deshagamos de la tarjeta.

—¿Has pensado en dejarlo aquí para que se ocupen de él cuando lleguen? —preguntó Rurik.

—Si vais a matarle, quiero verlo —dijo Nutty a través de la radio—. Nunca he visto la sangre de goriano de cerca.

—Callaos —espetó Kerr, levantando la mano buena en señal de exasperación—. No me dejáis pensar.

Por lo general, se sentía impulsada a seguir las sugerencias de Rurik, pero esta vez era distinto. El combustible no era barato y la tripulación querría cobrar su sueldo, pero no se trataba tanto del dinero como del orgullo. Había aceptado el contrato sin la aprobación de su padre, y lo último que necesitaba eran sus quejas. Quería demostrar que podía liderar el equipo sin necesitar de sus consejos y su vigilancia continua, y para ello necesitaba una misión exitosa gestionada por libre. Por seductor que le pareciera meterle una bala en la cabeza al goriano, debía admitir que eso no impresionaría a su padre. Él había matado a muchos más gorianos que ella.

—Llevaos al alien a la nave —ordenó volviéndose hacia Bahuer y Rurik—. Kirsten, recoge tus cacharros y reza a tu Dios para que...

Bahuer apuntó a Szzik con su pistola.

—Y una polla. Si lo subimos a bordo nos estaremos poniendo una diana en la espalda.

Con el ardor de la rabia subiéndole por la garganta, Kerr se interpuso entre el arma y el goriano.

—Esto no es una democracia. He dado una orden. —Su subalterno no bajó la pistola, por lo que ella dio un paso adelante y la sujetó apretando el cañón contra su pecho—. ¿Vas a disparar? —Los labios de Bahuer se curvaron en un tic involuntario—. Asegúrate de matarme, porque si aprietas ese gatillo no vas a olvidarlo en la vida.

El tic evolucionó hasta una sonrisa. Bahuer enfundó la pistola y se apartó con una alegría inusitada, como si no hubiera estado apuntando a su superior hacía unos segundos.

—A la orden, jefa.

El nudo en la mandíbula de Kerr se hizo más grande. Rurik le sostuvo la mirada sin comentar nada. Luego tiró del brazo del goriano hasta arrancarle la cápsula blindada y lo arrastró afuera, de vuelta al hangar. Empezaba a faltarle el oxígeno, por lo que se cerró el frontal del casco con la mano del brazo herido.

Esta vez no quiso contener el gruñido de dolor...

“Horizonte Rojo (n.º 1)” © Rocío Vega, 2016

www.rociovega.es

La saga Horizonte Rojo es © Rocío Vega, 2016

Otros títulos relacionados:



Editores de colección:

Diana Gutiérrez y Ricardo Cebrián

Cubierta: Sara Pérez (<http://prez.artstation.com/>)

Corrección y maquetación: Diana Gutiérrez

© 2016 Editorial Café con Leche

www.editorialcafeconleche.com



